

1.ER ANIVERSARIO DE LA SEMANA TRÁGICA

La semana trágica.

ANIVERSARIO

«Pasó la tormenta de la semana trágica, como rayo de luz que ilumina muchas cosas oscuras.» Es frase de un jesuita.

A la luz de los incendios nosotros vimos cosas espantosas. Tanto más espantosas, cuanto que estaban dentro de nosotros mismos.

Entonces, no quisimos hacer coro con el vulgo, limitándonos a echar sapos y culebras contra el enemigo. Meditamos largamente sobre *nuestro estado* y sobre el de los demás. Y fruto de ello fueron diez y nueve articulillos que motivaron sendas discusiones; artículos que merecieron el honor de ser solicitados por algunos Prelados españoles.

Ha pasado un año. Es deber nuestro renovar la llaga. Hemos cogido la pluma y hemos escrito lealmente, como acostumbramos, cosas que creemos importantes, no por quien las diga, sino a pesar del que las dice.

Nuestro trabajo tiene tres partes:

I. **Remember**, copia de algunas líneas—las más interesantes—de nuestros artículos del año pasado, para fundamentar lo siguiente.

II. **Una mirada hacia dentro**. Examen del estado *actual* de la sociedad católica en nuestro pueblo.

III. **A donde vamos**. Visión del porvenir.

Para dar salida al original con que algunos de nuestros amigos nos han distinguido, hacemos aquí punto. No queremos trincar el orden de nuestro trabajo, además de que lo que aquí publicamos no tiene espera, por lo oportuno.

No va a ser, lo que diremos, menos interesante de lo que dijimos el año pasado. Tengan un poquito de paciencia mis lectores.

JUAN M.^a ROMA.

Carlistas de antaño

Obra ilustrada con 50 retratos: 2'50 pesetas.

¿Ha habido reacción?

Estamos en el primer aniversario de la semana trágica; y ante sus efectos, harto dolorosos, vemos la permanencia de las aún más dolorosas causas...

La pluma se resiste a constatar aquí el dolor y la amargura de nuestro corazón. ¡Las causas de aquel ensayo sangriento persisten aún!—nos decimos—. Y sabido es que cuando ellas subsisten pueden repetirse aquellas escenas de horror y de barbarie.

Ante nuestros ojos tenemos lo mejor—por ser lo más acertado y completo en orden a la crítica de las causas y al estudio de los remedios—de cuanto se ha dicho y escrito de un año acá a raíz y sobre aquellos sucesos de Julio. Nos referimos a *La moral de la semana trágica*, áspero estudio debido a pluma concisa y vigorosa del señor director de LA BANDERA y a las conferencias-comentarios *El nostre estat social*, del sabio jesuita P. Casanovas. Son dos trabajos concienzudos y serenos, un verdadero examen general de conciencia cada uno, a cuyo redor nos permitimos hacer un ligero balance de cuentas, ya que otra cosa no permiten los límites de un artículo.

Y empecemos por decir que todo el mundo aplaude y encomia aquellos estudios, y... nos plegamos de brazos ó bregamos inarmónica ó inútilmente, a lo menos. Fijáos, sino, en nuestro estado actual y os convenceréis de ello los que aún conserváis alguna reminiscencia de... inocentones.

Porque, en verdad ¿dónde está la reacción que era racional y de sentido común esperar ante aquella hispa horrorosa? ¿Qué llevamos hecho los católicos en el lapso de tiempo a partir de aquel aviso terrible? ¡Nada! Casi nada que pueda servir de contención a la fiera anarquista que amenaza tragarnos luego...

—¡Pesimismo solamente!—dirá alguien—. ¿Negáis el resurgimiento cristiano, evidente por doquier? ¿Es que no os habéis fijado en la hermosa campaña contra las escuelas laicas, en la gallarda actitud de los católicos nutriendo aquellos mitines, en el buen resultado de la suscripción para los templos incendiados, en la re-apertura de algunos de ellos? ¿Os han pasado desapercibidas la grandiosa manifestación en honor de San José Oriol y la colosal romería a Montserrat? ¿Y la actual protesta contra los desmanes gubernamentales?

—¡Requetebién! Pero... ¡humo! Humo solamente, aunque de oloroso incienso.

La campaña contra las escuelas laicas ateas ¿de qué ha servido? Para muchísimos católicos, de mera expansión; para los Poderes públicos, de nada. ¿Pruebas? Muchas de aquellas escuelas cerradas, no sólo han sido abiertas, sino *legalizadas a placer* por los Gobiernos. Las escuelas laicas funcionan más libremente que

nunca. Sabemos de algunas que lo *único* que las mantiene cerradas es la falta de recursos pecuniarios. *Item más*: en virtud de recientes disposiciones del ministerio de Instrucción pública, se cierra la intervención fiscalizadora del sacerdote, de la Iglesia, en el ramo de la enseñanza oficial. Vienen luego elecciones municipales, provinciales y generales, y derrota cada vez más pronunciada, hasta llegar al extremo tristísimo de tener que contemplar que canónigos, como el Dr. Collell, en Vich, hacen campaña y votan contra el candidato netamente católico y a favor de un adicto a un Gobierno anticlerical que ha sabido cruzar la cara de un latigazo a los Obispos en pleno Senado.

Vase entusiásticamente en peregrinación a postrarse ante la Reina de Cataluña para desagraviarla de las ofensas que recibiera en aciagos días. Llénanse después las calles de la ciudad condal de una muchedumbre incontable de devotos del gran Oriol... y, a pesar de tanto concurso, de tanto civismo cristiano y de tanto entusiasmo, no se tiene la táctica de aprovechar tales buenas disposiciones y de los comicios surge la demagogia batiendo palmas y nutriendo su representación parlamentaria.

Con la corriente de peregrinaciones católicas contrasta la de incendiarios que salen de las cárceles y vuelven del extranjero en virtud de los indultos que les brindan los Gobiernos, aperecidos de la *inocencia* del actual movimiento católico.

Mencionemos, siguiendo la hilación, lo del *éxito* de la suscripción para los templos incendiados, y díganse, por caridad, si verdaderamente ha sido un éxito. Nosotros creemos que no; y si ha sido lo contrario, atrevámonos a decir que tal éxito, proporcionalmente raquítico, ha descubierto en parte, en gran parte del cuerpo católico el cadáver terrible de la indiferencia y del egoísmo individual. Y si ha dicho el P. Casanovas que tanto *y más* que los templos destruidos por las llamas, hemos de restaurar los templos vivos de las almas muertas por el odio anticristiano y antisocial, bien pudiera añadir: y los de aquellas otras almas muertas por la avaricia de sí mismas que produce la enervación y el embote de los sentidos y de las energías individuales en merma de la colectividad de que forman parte integrante. Y esas son aquellas almas—según el mismo autor—poseionadas de una espectación inactiva, de un recogimiento interesado, de un dejar hacer y de un abstencionismo tan pronunciados que son de augurios más fatales que las mismas convulsiones revolucionarias.

No hablemos de la protesta contra las disposiciones anticatólicas de los actuales Gobiernos, pues con ser, por ahora, de lo mejor (en sentido de que los Poderes nos hagan caso) que los católicos hemos llevado a cabo durante la anualidad en cuestión, no obstante, aun parece que desde arriba se nos burla, aparentemente a lo menos, como lo prueban las respuestas dadas por Canalejas a los telegramas que se le cursan. Esto aparte de la finalidad errónea de muchos *protestantes* de mantener por una temporada más y como a mal menor el *statu quo* saguntino, cuando es en realidad el mayor mal. Al distinguido Dr. *Véritas* remito a quien quiera probarlo (1).

Ya en el terreno de la Prensa, vemos: en la mala mucho cinismo y más incentiva que antes de la *semana trágica*; sólo un par de veces estuvo silenciosa y comedida, y luego pudo hacer impunemente la apología y glorificación de aquellos hechos, baldón de la humanidad, é insistir diariamente en la necesidad de una segunda edición aumentada de los mismos; en la buena—con poquísimas excepciones—se ve, se lee y se sigue la misma táctica que se vió, se leyó y se siguió antes de Julio del año pasado.

Para remachar el clavo, hagamos advertir que con nuestro movimiento ni aun efectos momentáneos hemos ganado; mientras que con la campaña en contra del proyecto de Ley de asociaciones, sin haber alcanzado los resultados que hubiéramos podido, bien aprovechada aquella actitud, logramos hundir con aquel proyecto al Gobierno que lo amamantó.

No, no es el pesimismo fatalista ó sistemático reunido con nuestros sentimientos católicos el que mueve nuestra pluma a decir escuetamente lo que precede; es pesimismo, sí; pero es aquel pesimismo racional y razonable creado en la atmósfera que envuelve a nuestra época, que parece va a ser decisiva para toda clase de atentados y usurpaciones; es el que nace del ambiente, más enrarecido y pestilente que el que respirábamos antes de aquella revuelta sangrienta.

También nosotros, al leer entonces aquellos artículos *La moral de la semana trágica*, de veras les creímos exagerados, por no habernos antes formado concepto cabal, ni aun estudiado superficialmente el estado de nuestro pueblo y del ambiente que nos rodeaba. Hoy cremos que el Sr. Roma no traspasó los límites de la prudencia y que dejó por decir más de lo que dijo, como él mismo ya indicaba.

Para contrapeso de la revolución no bastan hoy los procedimientos é ideales negativos como la sola y pura protesta; es necesario que, como indica el P. Casanovas, hagamos obra positiva, siendo luchadores a la manera del pueblo sagrado, que con una mano edificaba el templo de Dios y las murallas de la ciudad y con la otra blandía la espada. Lo había dicho ya el Sr. Roma: «no son remedio los lloriqueos, las plegarias y las protestas solamente... Y tampoco son únicos remedios los

templos que se alcen (2), ni las imágenes que se esculpan, ni los altares dorados, ni la corona de la Virgen cuajada de diamantes». La Iglesia más quiere buenas las almas de sus hijos que las riquezas y adornos de sus templos.

«Plegarias y desagravios hechos *con* escuelas y periódicos y obras sociales por católicos valientes, magníficos y cristianos plegarias y desagravios. Plegarias y desagravios hechos *sin* escuelas, periódicos y obras sociales y católicos cobardes é indiferentes, no son más que una tentación a Dios... ¡pecado grave!» El sacerdote que tal dijo tenía cabal idea del mal que nos aqueja y de sus remedios. En tales palabras está condensado todo el programa a seguir por los católicos en nuestra edad... empero ¡ay!, tenemos el presentimiento de que no lleguemos a tiempo...

Los hechos, pues, con su tan clara evidencia, nos dicen que no ha habido reacción alguna por parte de los católicos, después de aquella sangrienta lección. Ante ello ¿cabe esperar otra cosa que el triunfo de la revolución con todas sus consecuencias? No será por imprevisto, sino por la frialdad, por la inercia y, sobre todo, por la ausencia de táctica y estrategia moderna de los católicos. ¡Actualmente obramos como obrábamos antes de há un año, y vino la *semana roja*!

Y cuando el cataclismo, cercano é inevitable, según el curso natural de los sucesos, se inicie estrepitoso en nuestra Patria, diremos con el señor director de LA BANDERA: «Todo estaba previsto: Sobre los fundamentos de la inercia y del desviamiento (¡ahí, ahí!) no puede asentarse Cristo ni la civilización.»

M. M. y S.

(2) S. S. Pío X ha dicho que en vano edificaremos iglesias si no manejamos y no mejoramos la buena Prensa.—«Ha pasado la hora de edificar iglesias y de decorar altares», dijo el Cardenal Laboussé. Estas citas, con infinidad que podríamos llevar, nos dicen claramente que el levantar iglesias no es, hoy por hoy, de capital importancia. Hay otros asuntos que la reclaman, como se deduce de los contextos.

Carlistas de antaño

Con 50 biografías de los primeros personajes de la primera guerra civil: 2'50 pesetas.

Pesadilla horrible (1)

Deliraba mi mente y entre sueños vi multitud de lóbregos horrores, escenas como el Dante no pintara, vorágine infernal, fiera hecatombe.

Del báratro salidas parecían aquellas gentes bárbaras, feroces, que, con adusta faz, hosca mirada, saciar buscaban sus instintos torpes; y en medio de la ronca gritería, de tabernosas, sanguinarias voces, satánicos mandatos resonaban, oíanse canivalescas órdenes. ¿Eran, acaso, del Africa salvajes, invasión de zulús y de hotentotes? ¿Eran hunos lanzados del sepulcro, ó fieras con la máscara de hombres?

Envueltos en las nieblas del ensueño, mostraban gigantescas proporciones, ocultando su trágica figura en vaporosos, negros albornoces. Estrépito infernal, horrisonante, que parecía conmovir al orbe anunciando su fin ineluctable, con sacudida fuerte despertóme. Arroje me del lecho estupefacto, las ventanas abrí de un solo golpe y vi...—Dios santo, lo que vi perdona—vi de las turbas la maldad sin nombre. Vi las llamas que en nubes espantosas trepaban a las célicas regiones, consumiéndolas moradas suntuosas, palacios del saber y de los pobres. Vi la ciudad más bella de la tierra agitarse en mortales convulsiones, dominada por bárbaros impíos, africanos? ¡Dios mío, no; españoles! Y vi regar los mármoles del templo con la sangre de santos sacerdotes; vi profanar las sacras vestiduras y arrastradas después hechas girones. Las vírgenes que fueron del anciano, del huérfano y del pobre apoyo noble, vi maltratar—infamia sin ejemplo—con palabras y lúbricas acciones. Vi destruir los focos de la ciencia,

(1) Véanse los números de Junio pasado de LA BANDERA REGIONAL.

(2) Poesía compuesta el año pasado a raíz de los acontecimientos trágicos y que la censura impidió publicar.

monumentos de siglos anteriores; aventar las cenizas de los muertos, arrastrar los cadáveres informes. Vi... Dios piadoso, olvida lo que he visto. Olvida lo que á Ti te dije entonces, porque lleno de cólera justísima, clamé fuera de mí con saña enorme: Maldición sobre ti, raza menguada, que ahogas en sangre múltiples favores; maldición sobre ti, sangrienta plebe de instintos de chacal, del bosque azote. Aniquila, Dios justo á los infames de tantos males bárbaros autores, que el odio y la venganza amamantaron en esos infelices corazones. Caiga de tu justicia el rayo fuerte sobre estos hombres de conducta innoble, que en lugares seguros se contemplan después que han desatado las pasiones. Maldición sobre todos los políticos que sembraron mortíferos errores, causa primera de las negras ruinas de que se ven innúmeros montones.

Agosto, de 1909.

Carlistas de antaño

Obra única en su género: 2'50 pesetas.

Aniversario repugnante.

Hace un año que en la hermosa ciudad de Barcelona se cometieron iniquidades infamantes, desconocidas por los godos de Alarico y por los vándalos de Genserico. Turbas desenfundadas dirigidas por hombres de instintos diabólicos y astucia luciferina profanaron las personas y lugares santos, dieron muerte á inocentes religiosos y religiosas, desenterraron cadáveres, robaron alhajas, incendiaron monumentos y hubieran continuado la cadena de sus crímenes sin la intervención de la fuerza armada.

Un grito unánime de reprobación se levantó en todos los rincones de España. Todos pidieron cayese sobre los culpables el rigor de la ley y sólo hubo un hombre que se atreviese, no á defender á aquellos bárbaros, sino á atenuar su culpabilidad.

Hoy cambia la decoración. Hombres que la conciencia pública señala como inspiradores de aquella tragedia, cuyos escritos la prepararon, en cuyo provecho se realizaba al parecer aquella espantosa revolución, se sientan en las Cortes ostentando la representación de esta desgraciada urbe — milagros del sufragio universal — y, con un cinismo sin ejemplo, justifican aquellos crímenes, se glorian de haberlos inspirado y se atreven á anunciar nuevas hecatombes. ¡Y el salón de la representación nacional no se hundió con la explosión de las protestas de cuantos en él estaban! ¡Y esos hombres son diputados! Ayer huían de la justicia y hoy se presentan como triunfadores. ¡Tremendos eclipses de la razón humana! Francamente, aún más que los acontecimientos de Julio asusta su defensa y casi apología hecha en las Cortes. Pablo Iglesias justificando los atentados personales; su homónimo Emiliano tergiversando los hechos, aplaudiendo casi á los que pusieron en práctica lo que él les enseñaba desde las columnas de *El Progreso*; Lerroux vanagloriándose de aquel artículo que fué verdadero programa de los caribes incendiarios; Ossorio y Gallardo, el inepto gobernador, culpando á los católicos de ser concausantes de tantas ruinas; el mismo Gobierno, el mismo Mensaje dando implícitamente razón á los criminales á perseguir á los religiosos: todos estos personajes y muchos más; todos estos hechos y multitud de otros imposibles de enumerar, asustan al hombre pensador y le anuncian para fecha próxima horrores inconcebibles.

Cuando nuestros padres combatieron al liberalismo sacrificando sus vidas y haciendas, la fe que les impulsaba les dió á conocer que este error causaría la ruina de las almas, de las familias, de la Patria. Y no se equivocaban. El liberalismo ha traído esta corrupción de costumbres que forma de ciertas ciudades putrefactas sucursales de Sodoma, que formarán mañana de multitud de jóvenes de ambos sexos, familias paganas de donde huirán la paz, los hijos y la moralidad. El liberalismo nos ha traído esa multitud de leguleyos ambiciosos, adocenados, patrocinadores del crimen, causantes de nuestra ruina. El liberalismo ha sido la causa de los incendios, saqueos y matanzas que trataban de conmemorar las hordas contemporáneas.

Vosotros, los que caísteis exánimes en los campos de batalla, luchando contra el maldito liberalismo, los que con la pluma y con los labios los combatisteis sin tregua; nobles hijos de la España tradicional que tuvisteis la suerte de morir antes de presenciar tamañas iniquidades, infundid en nuestro pecho vuestra ardorosa fe y bélico entusiasmo para luchar como vosotros luchasteis. Por no seguir vuestras huellas nos vemos reducidos á estado tan miserable. Mientras que discutimos acaloradamente sobre la hipótesis y la tesis,

sobre el mal menor y sus consecuencias, el error extendía sus tentáculos por todas partes socavando los cimientos de la Religión, de la familia y de la Patria.

Católicos, unámonos ante el peligro, que la lucha se avecina. La hora es crítica. Nueva barbarie como no igualó la de los hunos y de los sarracenos llama á nuestras puertas y amenaza sumir en ríos de sangre todo lo existente. Los que por amor propio, por rencor injustificable, por mezquino interés no se unan en estos momentos, rehuyan el combate, siembren la discordia, son Julianos traidores, oprobio del cristianismo. Sobre ellos caerá la maldición de Dios y de la Historia. Sobre ellos cae la execración de mi pecho cristiano y español.

E.

Grande equivocación.

En el primer aniversario de la semana sangrienta, sin entrar en el desarrollo de aquellos bárbaros sucesos que ya de toda España son bien conocidos, vamos á hablar de ellos tomando un punto de mira que, preciso es decirlo, aun cuando se juzgará exacto, no será del agrado de todos los católicos...

A raíz de aquellos hechos, se levantó en toda la nación un grito de espontánea protesta de los católicos de otras regiones contra los que aquí no habíamos sabido defender los intereses religiosos y materiales que la revolución destruyó en un momento dado; y aunque una vez bien conocido lo que pasó en Barcelona este grito se ha desvanecido, fuerza es que el escritor carlista deje sentados algunos argumentos por los cuales se verá que no podía dejar de suceder lo que pasó. Vamos á hablar claro, muy claro.

No hay que dudar que los católicos suman un gran número en Barcelona; que la inmensa mayoría de ellos están llenos de un santo celo y amor á la Religión; pero no todos son belicosos. A muchos la misma moral católica los impulsa hasta el extremo de mirar las armas con horror, olvidándose que el católico que ha de convivir con elementos desalmados y salvajes, nunca ha de perder de vista que la defensa es natural, y que, por lo tanto, hay que estar aleccionado para efectuarla.

En esto precisamente se distinguen los católicos carlistas. Estos, por regla general, son de temperamento belicoso y, por lo mismo, con la sangre de sus venas han sostenido las contiendas que, en un principio, han tenido por principal objeto restablecer en España la amorosa influencia de la Religión de Cristo, y aunque desgraciadamente, á pesar de tantas fortunas perdidas, tantas vidas sacrificadas y tanta sangre vertida no lo han logrado del todo, han conseguido, por lo menos, atajar siempre la fiera de la Revolución.

Sin embargo, con todo y ser esto de todos bien sabido, los carlistas se han visto despreciados muchas veces por personas cuyos intereses hemos salvaguardado y defendido en todo tiempo y en todos los terrenos.

La misma caridad ó beneficencia católica, en nada nos ha sido propicia. Hombres que en las luchas entabladas en los talleres y en las fábricas se han visto obligados, por su celo en defender la Religión y sus ministros á abordar las inhospitalarias playas de la miseria por falta de trabajo, han llamado á las puertas de la caridad católica sin lograr verse favorecidos.

Hombres que han vertido su sangre en bien de la Religión y afrontado la miseria, viejos, desvalidos, han buscado el favor, la influencia, para lograr un bocado de pan con que sustentar una vida llena de privaciones, y, por no alcanzarlo, han muerto en los hospitales ó en medio del más completo abandono.

Otros con aptitudes y talento para desempeñar cargos más ó menos importantes, por ser carlistas han encontrado una oposición que no debiera haber existido, dado que siendo católicos y partidarios de aquel gran Caudillo que ponía la Cruz antes que sobre su corona, sobre su corazón, en cualquier momento hubieran influido desde sus cargos en bien del catolicismo.

La pobre viuda del carlista muerto prematuramente á causa de las penalidades sufridas en la guerra y en la emigración sin medios para sustentar á sus hijos, necesitada de la caridad, ha visto su corazón desgarrado al observar que los méritos de su difunto marido para nada le ayudaban á lograrla de una manera pronta y eficaz, como la pobre necesitaba y merecía.

Es cierto que la caridad, en todos sus órdenes, se ha de extender cuanto más mejor; pero hay que tener en cuenta que, cuando es bien ordenada, ha de empezar por uno mismo, y, por lo tanto, los que formamos la parte de un todo que es la Comunión Católica, deberíamos ser siempre los primeros en favorecerlos y ayudarnos en nuestras necesidades é infortunios, sin dejar de trabajar para extender la caridad á los demás.

Ha sido un grande error el que un celo mal entendido haya encauzado la caridad por el camino de hacerla con preferencia á las masas deschristianizadas, al objeto de atraerlas á la Religión. Lo primero es procurar que los que ya la tienen no la pierdan al considerarse injus-

tamente pospuestos á otros que luego de recibir la limosna blasfeman de ella y de quien se la da.

El resultado que de esta conducta se ha obtenido se vió claramente en aquellos días de la mentada semana, pues no hay instituto religioso, más ó menos destinado á la caridad, que no viese á la luz de los incendios que varios de los que atizaban las llamas pertenecían al número de los mismos que con su caridad favorecían. En cambio, la falta de protección mutua de los católicos, llevó fatalmente á aquella disgregación que tuvo por resultado la falta de pechos que heroica y espontáneamente se constituyeran en poderoso muro que atajase la revolución.

Hay que variar de sistema y tener siempre presente que á los carlistas se les ha de favorecer todo cuanto sea posible, á fin de que cuando llegue la hora, se muestren, como han sido siempre, los verdaderos escudos donde se ha estrellado la fiera revolucionaria, ya que, para vencerla, nunca han vacilado en dar su sangre, ni en sacrificar sus intereses y su vida.

Pío.

Carlistas de antaño

Compendio de la Guerra de los Siete Años:
2'50 pesetas.

SOCIALES

Ayer, hoy... y ¿mañana?

Ayer...

El *ayer*, sí, que lo conocemos, cual importa conocerse, en toda su intensidad y extensión. Basta la Historia.

Un régimen parlamentario en mal hora traído al hispano suelo, régimen exótico, por fortuna, á esta tierra aferrada á la Tradición... Este régimen ha echado raíces, halo todo deshecho, dando frutos tales que, al correr de los años, son de maldición para el porvenir de la raza y el progreso de esta bendita tierra...

Han venido las camarillas, los partidos... y ¿quién lo diría?, al calor de ese régimen han nacido, hanse desarrollado y vivido sus más encarnizados enemigos, ó más bien, todos los enemigos, á los cuales, dándoles calor y vida, han legitimado y son, por último, los enemigos de la misma sociedad: el socialismo y anarquismo. En el liberalismo, por consiguiente, padre de ese régimen tan disparatado, se resumen todos esos errores y sistemas, ó de él salen, como una consecuencia salta lógicamente de una premisa.

Han venido las camarillas y los partidos, decimos, y contra esos partidos y camarillas, que turnan y medran del zafarrancho que ha engendrado el régimen, hay que tirar, pues ellos y nadie más que ellos han reducido á polvo todo nuestro modo de ser político y social, entregando, como quien dice, á las fieras socialistas y anarquistas toda la miseria de un pueblo y de una raza. El liberalismo es nuestra desgracia...

Los conservadores y los liberales, liberales y conservadores unos y otros de cuanto malo se ha implantado, si fijamos la vista á estos últimos tiempos veremos cómo infortunadamente y cuán sagazmente cumplen su cometido, alucinando los conservadores á católicos incautos y los liberales á gentes también incautas, republicanas y liberales de toda casta. Y ¿qué? La farsa en todos los momentos y la complicidad en los difíciles hanse puesto de relieve.

Como si se hiciera algo, se deslumbra con proyectos halagadores; pero... pero se predica, se incita, se permite lo más atroz á nombre de la libertad.

Porque después la fiera *ha hecho*; y unos sucesos de Julio lo claman bien á las claras, poniendo al descubierto todo un régimen ya cadáver y podrido.

¡El *ayer* demasiado, sí, que lo conocemos!

Pero *hoy*, el día de *hoy*, ¿somos capaces para medirle todo su alcance?

Un año cumple de aquellos vandalismos, de aquella semana sacrilega, sangrienta y trágica. Un año, y ¡ay! la fiera ruga y da bramidos, y la persecución es más acentuada, y las turbas del arroyo más insolentes, y los partidos que turnan en el Poder colaboradores, cómplices, cuando no autores... Triste fecha aquella; pero, ¡ay!, más triste aniversario.

Triste aniversario, que no sabemos si con alborozo se quiere emular, si bien á esto se tira.

Triste aniversario cuando ni se nos respeta, ni se nos escucha, ni se nos concede la vida, ni la defensa, ni siquiera la libertad.

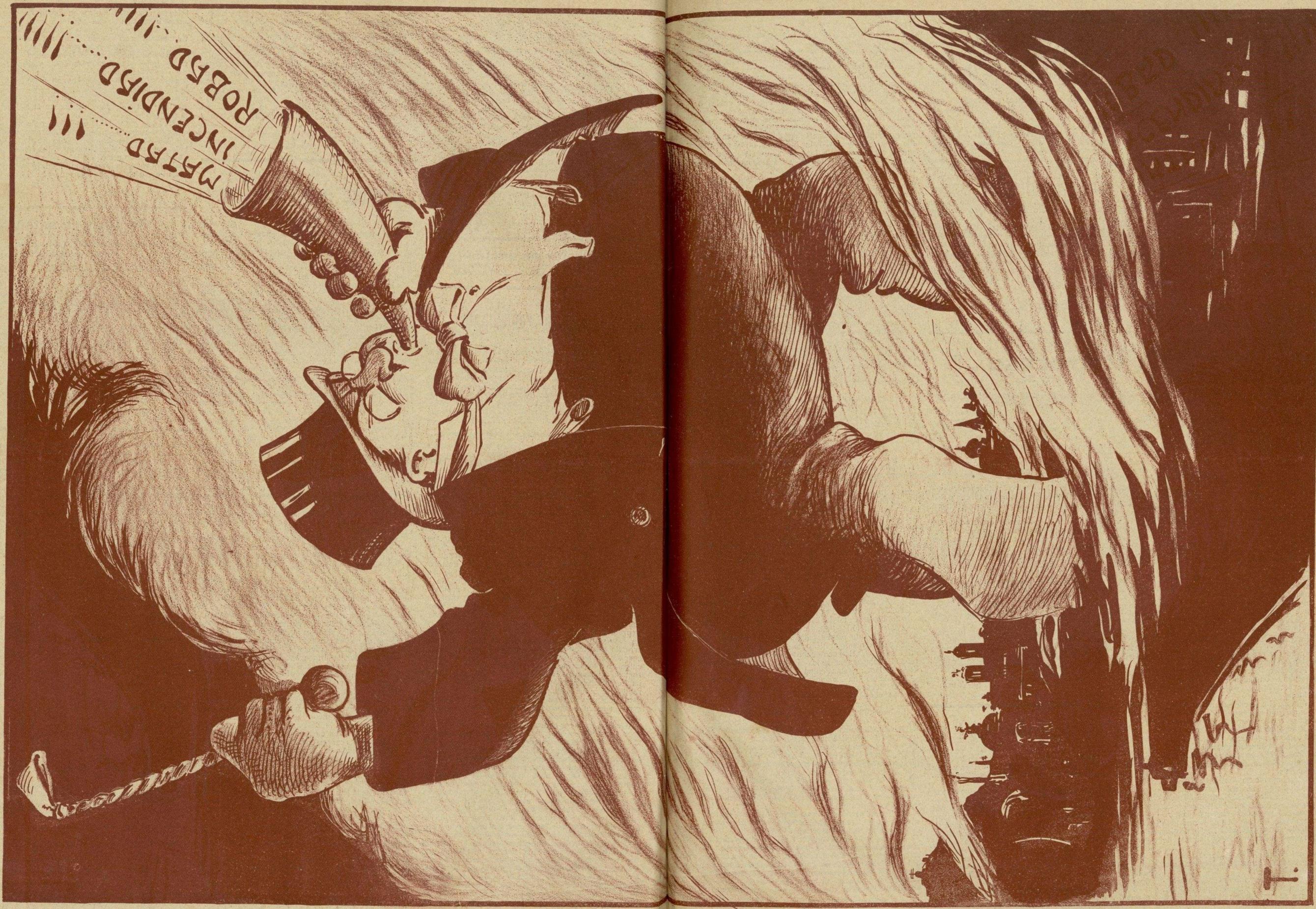
Maldito será ese régimen cuando á eso llega; maldito será cuando la misma fiera contra él se encara.

¿Habrá remedio para tanto mal, habrá un libertador que nos redima de la esclavitud, habrá una voz que levante la bandera de la protesta? ¿Y hasta cuándo habrá

10 C.ÉNTS

LA BANDERA REGIONAL

10 C.ÉNTS



ANIVERSARIO

Aquí está el autor... moral—de la... «Semana Gloriosa».

sordos, y ciegos y mudos á esa voz de protesta, de re-
dención?

Y ¿mañana?

Para un Dios sólo se reversa el conocimiento de ese
mañana. Sólo El lo sabe y vé.

Pero nosotros, ¿nosotros acaso no formamos parte
de la Humanidad? ¿No debemos por ventura accionar y
desarrollar nuestras energías? ¿Y no podemos influir,
encauzar?...

De nosotros depende, de nosotros se espera.

La acción político-social es el humano remedio.

Acción política, pero tradicionalista. Ese régimen
parlamentario, concreción en la realidad del liberalis-
mo, ya hemos visto, ya vemos desgraciadamente á dón-
de va y de dónde viene. Sólo lo que fué la vida de nues-
tro pueblo, su mismo ser y vida, puede ser su remedio.
Todo lo que sea exótico para esa tierra, no será, ni
puede ser, lleve el nombre de republicanismo ó cual-
quier otro nombre.

Acción político-tradicionalista, pero también acción
social. Y no la acción social de gabinete, sino la acción
social de experiencia, de vida práctica. Acción social
de un León Harmel, por ejemplo, que al lado de sus
trabajadores, trabajando él y los de su familia con sus
trabajadores, han sido los centinelas y la salvaguardia
de sí mismos y de los demás sobre todo.

Ese divorcio, esa separación que se legitima entre
patrones y obreros, ¡á cuántos conflictos nos ha condu-
cido! y ¡á cuántos nos va á conducir! Ese liberalismo
maldito que todo lo ha liberalizado, infiltrando hasta
en nosotros ese principio de división, de rebelión,
¡cuántos males nos acarreará si se legitima, si preva-
lece!

Sepámoslo, tradicionalistas: la acción social es la
base de la acción política, y mal podremos implantar un
régimen modelo si en lo social transigimos, si en lo que
es *substancial* concedemos.

Y así hablamos, porque así hemos de hablar, como
tradicionalistas que somos, como amantes y apasiona-
dos de lo grande que ha habido en esta tierra hispana,
como á guardadores del depósito de la Tradición.

Bien estamos donde estábamos.

F. X. M.

Francisco Ferrer Guardia.

Un periódico tan poco sospechoso de clerical como
La Mañana, decía hace pocos días con motivo del de-
bate parlamentario sobre los sucesos de la Semana
Trágica:

«El Sr. Cierra demostró cumplidamente estos cua-
tro puntos, que nos conviene dejar consignados aunque
lo hagamos con pena:

1.º Que Francisco Ferrer Guardia no era sólo un
propagandista intelectual de la Escuela Moderna, sino
un conspirador, un revolucionario, en íntimo y perse-
verante contacto con Ruiz Zorrilla antes y con Lerroux
y los radicales después.

2.º Que los republicanos españoles, singularmente
D. Alejandro Lerroux, han contribuido eficazmente á
extender por Europa, una falsa opinión sobre la cultu-
ra y civilización españoles.

3.º Que según confesión clara y terminante del
abogado defensor de Francisco Ferrer, los radicales de
Barcelona y entre ellos D. Emiliano Iglesias, contribu-
yeron, con sus testimonios falsos, á fundamentar la
acusación contra su defendido; y

4.º Que el jefe de los radicales, señor Lerroux,
que ha explotado tanto su pretendido amor al Ejército,
escribió en 1909 á Francisco Ferrer estas ó parecidas
palabras: Me parece muy conveniente que se enseñe á
los niños que el sacerdote, el juez y el militar se dedi-
can á robar al pueblo.»

En 30 de Abril último, el conocido escritor republi-
cano Luis Bonafoux escribió una carta á *El Diluvio* de
Barcelona, de la cual vamos á copiar los siguientes
párrafos, que no tienen desperdicio, tratándose de un
escritor tan liberal como Bonafoux:

«Hay que hacerle al Sr. Maura la justicia de reco-
nocer que en la muerte de Ferrer no fué él contra la
opinión pública, sino, antes bien, con lo que se llama la
inmensa mayoría del país.

Cierto es que todo el mundo no se regocijó, aunque
otra cosa dijo un periodista madrileño, cuya opinión,
que señalé aquí mismo, fué desmentida por *El Diluvio*.

Pero de excepciones se forma la regla general.

Ferrer era muy odiado porque le suponían seguro
instigador del atentado de la calle Mayor y probable
instigador de cualquier otro atentado. En la trágica
suerte que le reservaron hubo mucho de instinto de
conservación...

Ferrer era muy odiado por ateo y antimilitarista.
Fundó y sostuvo la Escuela Moderna en España y con
decir esto está dicho todo.

Ferrer era antipático á la mayoría del país por anar-
quista—y como tal anticatólico—y también por catalán.
A Madrid le indignaba que un catalán dijese que iba á
europeizar España, y Madrid fusiló á Barcelona en
la persona de Ferrer.

Como queriendo disculpar su muerte, un republicano
me escribió:

«Era intelectualmente una medianía.»

Otros exclamaban:

—Era un hombre poco conocido.

No. No es eso lo que hay que decir. Ferrer fué fusi-
lado por la inmensa mayoría de los españoles, que son
monárquicos, clericales y militaristas; de tal modo que
bien puede decirse que el fusilamiento de Ferrer fué
un símbolo social.

Y prueba de ello es que ni antes ni después el país
ha protestado. A raíz del siniestro suceso teníase aún
esperanza. Se decía en toda Europa:

—España no protesta *porque no la dejan*; porque
está encadenada por la dictadura de Maura.

Pero cayó Maura, periódicos españoles reproduje-
ron los anatemas de la Prensa europea, supo el pueblo
que casi en toda Europa había habido manifestaciones
airadas, alguna sangrienta, y, á pesar de todo, el país
no dió señales de vida. Y entonces las villas levantiscas
de Europa pensaron que estaban haciendo con relación
á España y Maura el papel de amantes que riñen por
una casada cuyo marido, sin darse por aludido no dice
oste ni moste. Y, en secreto, las villas protestatarias
rieron de la plancha.

Maura no ha hecho á España. España ha hecho á
Maura. Por eso Maura—que de los gobernantes espa-
ñoles es el más consecuente y lógico en su vida pública
y privada—tiene más fuerza que todos sus adversarios
políticos...»

Dios haya perdonado—decíamos nosotros—á Fran-
cisco Ferrer Guardia y no le haya tenido en cuenta sus
maldades, además de su orgullo y de su gran petu-
lancia.

R.

Retroceso...?

Después de los días sangrientos de hace un año,
España no ha hecho más que retroceder.

Y, ¿quién tiene la culpa de esta retrogradación?
Poco cuesta de verlo. En España, los principales res-
ponsables de nuestros males son los Gobiernos libera-
les que hemos tenido la desgracia de padecer. ¡Y aún
nos dan latigazos! Quizás sea para que despertemos de
nuestro letargo. Eso es clarísimo. Y no se objete que
esta manera de argumentar sea pobre de recursos, pues
el que tal dijera pondría muy de manifiesto su ignoran-
cia ó una malicia mal disimulada.

Todos sabemos que los que nos gobiernan usan el
procedimiento del tira y afloja. Ellos turnan con gusto.
Y saben que son la causa de nuestro atraso, así moral
como material.

Liberales y conservadores mandan, ahora unos, aho-
ra otros, y no hacen nada de provecho para la nación.
El pueblo, con mucha razón, aborrece el sistema impe-
rante. Y en su afán de mejorar, ayudado por la falta de
preparación política, que es una educación verdadera,
se entrega á merced de falsos redentores; se deja arras-
trar á estridencias radicalmente perturbadoras.

Cuando la Revolución produce esos hechos vandá-
licos y repugnantes de la semana trágica, lo natural, lo
lógico es que después venga la reacción. Y eso en Es-
paña no ha sucedido. Y siendo así, nada más demuestra
sino que estamos en vigiliás de otra hecatombe, quizás
más sangrienta que la pasada.

Después de ella, ¿qué vendrá? No somos profetas.
Pero si queremos hacer constar que en el fondo de
nuestra alma hay algo que nos habla de una victoria
esplendorosa, del triunfo de unos principios salvado-
res, que en la tierra tienen soldados y en el cielo már-
tires.

RAMIRO DE YEPES.

¡Remember...!

Dedicado á la M. R. M. Priora y á su
Comunidad de Carmelitas Descalzas de...

La intentona judaico-masónica que ha un año abortó
en la desgraciada ciudad de los Condes, muy presto se
extendió por toda la tierra catalana, siguiendo la red
de antemano preparada. Las llamas de más de cincuen-
Casas del Señor y albergues de los pobres, converti-
dos en otras tantas piras sacrilegamente encendidas
por seres infelices, á los que, por otra parte, no se sabe
con cuál epíteto denigrante calificarles, se retorcieron
por los espacios durante una semana... y, con el rojo
de aquel fuego devorador y el negro de aquel humo
asfixiante, tejióse sutil velo que cubrió el diáfano azul
que hermosea el cielo de nuestra Cataluña.

Y vieron los hombres manadas de fieras blandiendo
el puñal y la tea y cebarse en los que han consumado
el crimen de consagrarse á Dios y á las Ciencias y al
bien de los pequeños y de los menesterosos, muchos de

los cuales evidenciaron su ingratitud, yéndose á con-
fundir con los mismísimos asesinos de sus protectores...

Cierto que el P. Usó y el H. Lycarion con otros re-
ligiosos y religiosas fueron personalmente asesinados
ó perseguidos por la turba que con sus fechorías au-
mentó *la gloria del martirio* de sus víctimas; cierto
también que muchísimas de estas, lo fueron, si no por
derramamiento de sangre ó por la muerte, por las lá-
grimas de hiel que manaron de sus ojos impulsadas por
el dolor que brotaba de su corazón al tener que aban-
donar, por precaución ó forzosamente, las celdas ó
clausuras, unas; los asilos del pueblo, otras; éstas, sus
bibliotecas y colegios; aquellas, sus enfermos y sus
pobres, y todos, en fin, el lugar de sus afanes: las pa-
redes derruidas ó humeantes que fueron mudo testimo-
nio de las penitencias, de las oraciones, de los estudios
y de la caridad de todos los que miraban siempre á lo
Alto y siempre veían el cielo, en frase de nuestro gran
Aparisi.

Por la evidencia de los hechos, en manera alguna
cabe dudar del valor de mártir de tantos como fueron
directa y personalmente perseguidos por la canalla sa-
tánica; y por ello son dignos acreedores del título de
fieles seguidores de Cristo en su santísima Pasión,
debiéndoles, por lo tanto, profundo respeto.

Dicho sea esto para que, haciendo constar nuestro
convencimiento, justifique, sin pretericiones, nuestra
admiración y profundo respeto también, por tantas
otras almas de temple viril que han quedado como rele-
gadas y en la oscuridad sus hechos, fruto de su arries-
gada firmeza y de la fe vivísima de que dieron testi-
monio durante aquellos tristes días de Julio en que la
revolución probó su carácter y su abnegación. Nos re-
ferimos á los Escogidos del Señor que, en el cráter de
aquel volcán de las concupiscencias que erupió terri-
blemente su lava infernal, no abandonaron un instante
la quietud de los claustros, do moran voluntariamente.

En gracia á la brevedad, permítasenos ya—sin que
queramos ofender la modestia de las interesadas—ha-
cer resaltar el espíritu altamente heroico que desplegó
la religiosa Comunidad á la que van dedicadas estas
líneas y del cual fuimos testigos oculares.

Conste, antes, que abrigamos la convicción de que
el hecho no fué, no, aislado.

La ciudad, que trocó en sombrías sus vestiduras de
fiesta, estaba totalmente á merced de las turbas, due-
ñas ya de la Casa Comunal. La fuerza pública mante-
niase inmóvil y como sitiada por las mismas. El am-
biente reinante era la confusión, que tenía origen en
las noticias sobradamente abultadas que llegaban de la
capital y de la circunvecindad. Una multitud inmensa de
inconscientes (por aquello de *stultorum infinitus est
numerus*) que á grito en cuello voceaba sus planes si-
niestros, rondaban día y noche por las calles principa-
les, pacíficamente unas veces, ferozmente enardecidos
otras y temibles siempre, alentados por la esperanza
de que en Barcelona se proclamara ya la República,
como les fué embuchado por sus *leaders*, que tenían
más por su pellejo, caso de esconderse, que por el de
los demás.

Así las cosas, figúrese el lector el estado de ánimo
que reinaría en las casas religiosas que, totalmente y
en el radio que significa el número de unas veinte de
ellas, no contaban con media docena de seglares deci-
didos, que se ofrecieran al menos, para defenderlas
dando el pecho, de la no imposible, ni imprevista agre-
sion de las turbas.

Era el día 27. Las casillas de impuesto de entrada,
caían hechas trizas y carbón. Los rails del ferrocarril,
levantados y rotos los postes telefónicos... La voz
— transición de la de hace quince lustros — de *jals
convents!* corrió luego y, de entre aquella masa infer-
nal de miles de manos empuñando herramientas de
todas clases, oímos el grito de *¡petrol!, ¡petrol!, ¡á
cál armé!*, repetido con gozosa insistencia, como deno-
taba el relampaguear de los ojos de aquellos... ni hom-
bres, ni fieras: ¡instrumentos de Satán!...

No siendo una excepción la residencia de las Car-
melitas, llegaban á ella las más contradictorias noticias
del movimiento revolucionario de la ciudad, llenando de
confusión la santa casa.

La buena Priora, como representante de sus hijas
espirituales, cargaba con todo y era ella el blanco de
las punzantes saetas que desgarraban su corazón, *hu-
manamente* atribulado y *crístianamente* gozoso, en
frase de un preclaro autor y en la que se confirma, con
el Dr. Torres y Bages en *La gloria del Martiri*, al
discurrir sábiamente sobre la razón natural y la revela-
ción cristiana y en la *ley de esperar* contra toda hu-
mana esperanza, que alienta á los cristianos y en la
ley de amor que nos colma de alegría el corazón,
cuando somos hallados dignos de sufrir por el nombre
de nuestro Redentor (1).

El espíritu heroico que esas leyes infunde á sus po-
sadores, es la fuerza omnipotente do siempre irán á
estrellarse las olas de la persecución.

La consiguiente *revelación*, pues, de una *virtud di-
vina dentro de la miseria humana*, la observamos en
estas almas predestinadas, cuando, lejos de hacer uso
del vestido seglar que las llevan y ofrecen buenas se-
ñoras y de seguir el ejemplo de otras Comunidades,
yéndose á hospedar en casas particulares; lejos de
abandonar la preciada clausura, como insistentemente

(1) *El Nostre Estat Social*.—Conferencias luminosísimas del P. Ig-
nacio Casanovas, S. J.

se las aconseja ante la pujanza de las iras del pueblo que ha hecho arder las puertas de un convento cercano y el rumor de que al llegar la noche irían, con otros, por el de las Carmelitas, éstas no se deciden por otra precaución que por la de sacar del Sagrario á Jesús Sacramentado, que la Madre Priora, con trémula mano, sacudida por la emoción, toma en la Clausura. Y ¿para qué? Para evitar su profanación (1); para solazarse con el objetivo de los amores de la vocación de las religiosas; para tenerle más cerca y no apartarse de él un solo momento hasta pasada la tormenta, ó verle real y glorioso, en virtud de la muerte de ellas...

Era al atardecer y la noche se vino á pasos sumamente tardos. ¡Qué noche aquella!...

En el firmamento, las fugaces estrellas aparecían más temblorosas que de costumbre; la luna compensaba la falta del alumbrado público y parecía con su presencia protestar de la perversidad de los hombres... El silencio reina por doquier. Ni el tenue airecillo nocturno se percibía. Las azoteas, repletas de gentes de todas clases esperando ver el espectáculo siniestro y fantástico de los conventos ardiendo, era una revelación patente — dicho sea de paso — de la psicología asaz terrible que distingue á esta población...

De pronto se oye un ruido seco y formidable como de algo que se desploma. Un ¡ay! de sorpresa quedó ahogado en todos los corazones... Vense á individuos que, como culebras, se arrastran por las sombras, huyendo del único acto por el que se pudo colegir la existencia de fuerza armada en la ciudad. Esta estaba de nuevo en posesión del silencio, más imponente y más majestuosa que antes... Las sufridas religiosas aprietan aun más el cerco que las mantiene en tensión sublime en torno de las Eucarísticas Especies, en cuya presencia se alientan en sus propósitos semi-temerarios, afirmándose en su vocación, redoblando el fervor en la penitencia y en la oración, que son el eje por donde gira la vida carmelitana y como disponiéndose al momento culminante... hasta que los primeros rayos del sol penetran en el coro para ofrecer su homenaje al Divino Sacramentado. Oyen el Santo Sacrificio las religiosas, comulgan y aquel día lo pasan con los mismos temores, con igual inquietud y en idénticos propósitos... y lo mismo el día siguiente y el otro y los demás, hasta que, á la violencia anormal, sucedió (y no es paradoja) la normal violencia...

Llega ya el primer aniversario de la semana luctuosa, y alargándose el tiempo, se manifiesta, al mismo tiempo que la grandiosidad del peligro que corrió la aludida población, la protección celeste sobre aquella, alcanzada por las paces y heroicos ofrecimientos de las eternas y pacíficas víctimas expiatorias.

Pasó aquella tormenta; pero pasó para... volver más recia, si la ira de Dios justamente motivada por la perversidad humana y por la claudicación reincidente de muchos que nos preciamos de católicos, no se aplaca de nuevo con las oraciones de los consagrados á Él; puesto que sólo la Vigorosa Suma puede detener la lógica descomposición que ya se manifiesta en todo el cuerpo social.

«La ira de la majestad del Señor—escribe un antiguo autor— que cuando se enoja hace temblar las montañas, divide las peñas y arranca de cuajo los cedros del Líbano, una sola lágrima la hace retroceder»; una sola lágrima que brote de aquellos que tienen *el alma espiritualizada por la oración y el cuerpo por la penitencia*, que no son otros que los religiosos contemplativos; que son las religiosas del temple de las que hemos osado hacer resaltar en este desaliñado cuanto pesado artículo, sin otra finalidad que la de que nosotros aprendamos tan bellas lecciones de estas maestras de abnegación sublime y nos miremos en el espejo de la constancia de estos justos que, — como pinta el mismo autor religioso —, cuando todo se hunde permanecen firmes y sacuden el polvo de sus capas en medio de las ruinas del mundo.

JUAN M.^a SALÓM.

Julio de 1910.

Carlistas de antaño

Obra notabilísima del Sr. Barón de Artagan: 2'50 pesetas.

VARIAS

Atentado contra Maura.—Un lerrouxista, llamado Posa, disparó tres tiros de revólver al Sr. Maura, á su llegada á esta capital de paso para Mallorca.

El Sr. Maura sufrió dos heridas, leves afortunadamente. Inmediatamente, desde el coche-vagón y en automóvil, fué trasladado al vapor que había de conducirle á Palma de Mallorca.

(1) Esta es la más palmaria demostración de que las buenas religiosas estaban persuadidas de que su casa iba á ser invadida por la hez. ¡Y ellas firmes en sus propósitos!

El odioso hecho realizado por el desdichado autor de la agresión, era objeto de unánimes censuras, que muchos hacían extensivas á los que con sus insanas campañas pueden considerarse como responsables, moralmente, del inicuo atentado.

En los círculos políticos y mesas de los cafés no se trataba de otro asunto que del atentado, siendo en general severamente condenado.

El Sr. Olivella, que acompañaba al Sr. Maura, recibió también un balazo, de cuya herida se halla ya muy aliviado.

El médico que asiste al Sr. Maura ha manifestado que las heridas siguen su curso normal de cicatrización, permitiendo asegurar que dentro de unos días estarán definitivamente curadas. La que le molesta algo es la del muslo; la del brazo carece de importancia.

Cierre de las Cortes.—Se imponen las «imperiosas vacaciones del estío».

Ya se han cerrado las Cortes, y hecha la liquidación, resulta que se han expelido algunas toneladas de vanilocuencia, se han aprobado créditos por 190 millones de pesetas. Soriano ha interpelado al Gobierno sobre lo que le ocurrió á una estrella del género chico; Pablo Iglesias ha dicho que antes de que suba Maura al Poder «debemos llegar hasta el atentado personal», y un radical barcelonés se ha apresurado á secundar tan humanitaria excitación.

Pero no es eso lo mejor; de lo que ahí se ha charlado ha podido deducirse que no hubo en Barcelona, cumple un año estos días, hechos vandálicos; que no murió nadie á manos de las turbas, ni religiosos, ni curas, ni infelices cocheros del tranvía del Pueblo Nuevo, ni ningún oficial ni soldado; que los templos y conventos no fueron pasto de las llamas por los fósforos y las latas de petróleo de los incendiarios, sino que ardieron solos; que fué aquello glorioso, simpático, idílico, fraternal.

Y ya que el pueblo español es tan estúpido que tolera todas estas farsas, que rueda la bola y já vivir!

La fiesta de San Jaime en Barcelona.—A pesar de la prohibición del *Aplech* al Tibidabo, que había de tener lugar con motivo de la fiesta onomástica de nuestro augusto Caudillo, y de la suspensión del mitin para protestar de la prohibición gubernativa, las fiestas celebradas en nuestra ciudad han tenido gran relieve.

La misa de Comunión fué en extremo concurrida. El P. Manuel Martín pronunció una sentida plática ponderando las excelencias de la fe y animando á los fieles á ser firmes y constantes en la defensa de los principios católicos, principalmente en estos tiempos en que la impiedad pretende derribar el alcázar de la Religión.

Fueron varios los banquetes que se celebraron. Hubo uno en Miramar, otro en la cervecería Recaredo y otro en el hotel Colón, que presidió el Sr. Duque de Solferino. También los hubo en el Círculo de San Martín, en Badalona y otros puntos que no recordamos. En todos reinó la alegría y fraternidad más completas.

La recepción que tuvo lugar por la tarde en el Círculo Tradicionalista tuvo una importancia extraordinaria, desfilando por delante del Excmo. Sr. Duque de Solferino, durante más de una hora, Juntas de Círculos, Juventudes y Requetés, etc., etc. Las señoras dieron un gran contingente.

La velada que se celebró por la noche fué asimismo concurridísima, leyendo inspiradas poesías los señores Molas, Ramonell, Aguilar, Vives, Larmabrás y Pedret.

El Sr. Palau leyó un hermoso discurso, que fué muy aplaudido, como lo fueron asimismo los de los señores Gibernau y general Sr. Vallejos, que presidió tan solemnísimamente la velada.

Dios quiera que el próximo año podamos celebrar la fiesta de San Jaime en otras mejores circunstancias y más cerca de nosotros Jaime III.

Junta Regional Tradicionalista de Cataluña. «Como quiera que son varias las entidades tradicionalistas que han acudido á la Junta Regional exponiendo dudas respecto al modo de constituirse ó bien para la formación de diversas secciones ó grupos dentro de los organismos ya constituidos; esta Superioridad, ateniéndose en un todo al espíritu que la guió al redactar las Bases de organización, ha resuelto aclarar y resolver los extremos consultados en la siguiente forma:

Primero. Dentro de todo Centro ó Círculo tradicionalista de carácter general ya constituido ó que en adelante se cree, podrán formarse distintas secciones ó grupos, como secciones de Veteranos, Juventudes, Requetés, etc., etc.

Segundo. En toda entidad ó centro tradicionalista de carácter definido ó particular no cabrán secciones ó grupos de carácter distinto. Es decir, dentro de un Centro de Veteranos no podrá crearse una Juventud, ni dentro de un Centro de Juventudes una sección de Veteranos, etc., etc.

Entendiéndose, empero, que para la constitución y funcionamiento de las entidades indicadas en los dos grupos mencionados se atemperarán siempre á lo prefijado en las Bases generales.

Barcelona, 9 de Julio de 1910.
El Presidente, DUQUE DE SOLFERINO.—El Secretario, CARLOS M. DALFAU.

Por acuerdo de la Junta Regional se pone en conocimiento de todos los Círculos y entidades carlistas que se sirvan mandar un ejemplar del Reglamento por que se rijan á la Secretaría de esta Junta, calle de la Diputación, 305, 2.^a, 2.^a, y que todas las entidades que

en lo sucesivo se constituyan deben depositar un ejemplar de su Reglamento en la Secretaría de la Junta Regional.—El Secretario, Carlos M. Dalfau.»

Retrato de Lerroux.—El doctor Maestre ha hecho el retrato de la personalidad de Lerroux del modo que van á ver nuestros lectores:

«Contra lo que opinan muchos, yo no creo en la demagogia de Lerroux; le ha tocado desempeñar ese papel y no lo viste mal. Pero, por debajo de las apariencias. Alejandro Lerroux es un burgués; más aún que un burgués, un espíritu aristocrático y señorial, nacido para mandar, sin importarle de la masa popular más que la obediencia que le rinde. De hallarse él en Barcelona cuando el mes de Julio, no se hubiesen dado los espectáculos repugnantes de la *semana trágica*. Nótese, y se verá que estas cosas ocurrirán siempre estando ausente el jefe y caudillo.»

Y *El Correo* añade este comentario:

«Por estas tres razones:

1.^a Porque á Lerroux no le conceptuamos con hidalgos suficientes para ponerse al frente de un movimiento como el de la *semana trágica* de Barcelona.

2.^a Porque aun teniéndolos—¡que ya es conceder!—no comprometería su persona en acto tan criminal.

3.^a Porque Lerroux, por las razones que indica el doctor Maestre, ha sido siempre, y seguirá siendo, una especie de capitán Araña.

Comprometerá á sus inconscientes secuaces, los lanzará á la lucha y al crimen, pero él guardará cuidadosamente su cuerpo para que no sufra el menor deterioro su mayestática y revolucionaria persona.

Que una cosa es predicar y otra exponer la vida.»

Carlistas de antaño

Obra que ha merecido los plácemes de Jaime III: 2'50 pesetas.

FOGONAZOS

Dice *La Vanguardia*:

«Son los dos polos (los católicos y los radicales); la extrema derecha frente á la extrema izquierda; la intransigencia negra contra la roja. Tan peligrosa es una como otra para la tranquilidad del país; pero hay un justo medio, que es el que mantienen los gobernantes.» (Día 12 de Julio, página 7, tercera columna.)

Después de estos conceptos, cualquiera entienda por qué hay tantos sacerdotes suscriptores de *La Vanguardia*.

Cuando existen curas que soportan estos varapalos sin darse de baja, señal evidente que la sociedad está muy desquiciada.

Y con la piel más dura que la de un paquidermo.

Los lerrouxistas y anarquistas no han celebrado el aniversario de la semana trágica con otra quema de conventos.

Y una de las razones de más peso para no celebrarlo, ha sido el miedo de que encontrasen una resistencia que les pudiera costar cara.

Por esta vez han olido bien la pólvora.

Han tenido buena nariz.

Son muchos los que creen y dicen que el lerrouxista Posa, que atentó contra la vida de Maura, *no es más culpable que la bala que le hirió*. Son—Posa y la bala—dos instrumentos que movió Pablo Iglesias en el Congreso, incitando al crimen.

Es mucha verdad. Pero *no es toda* la verdad.

Porque si Pablo Iglesias no hubiese sabido que se lo tolerarían, no hubiese pronunciado aquellas palabras delictuosas.

Si es lícito consentir que se predique el crimen, no debe ser cosa tan mala el consumarlo.

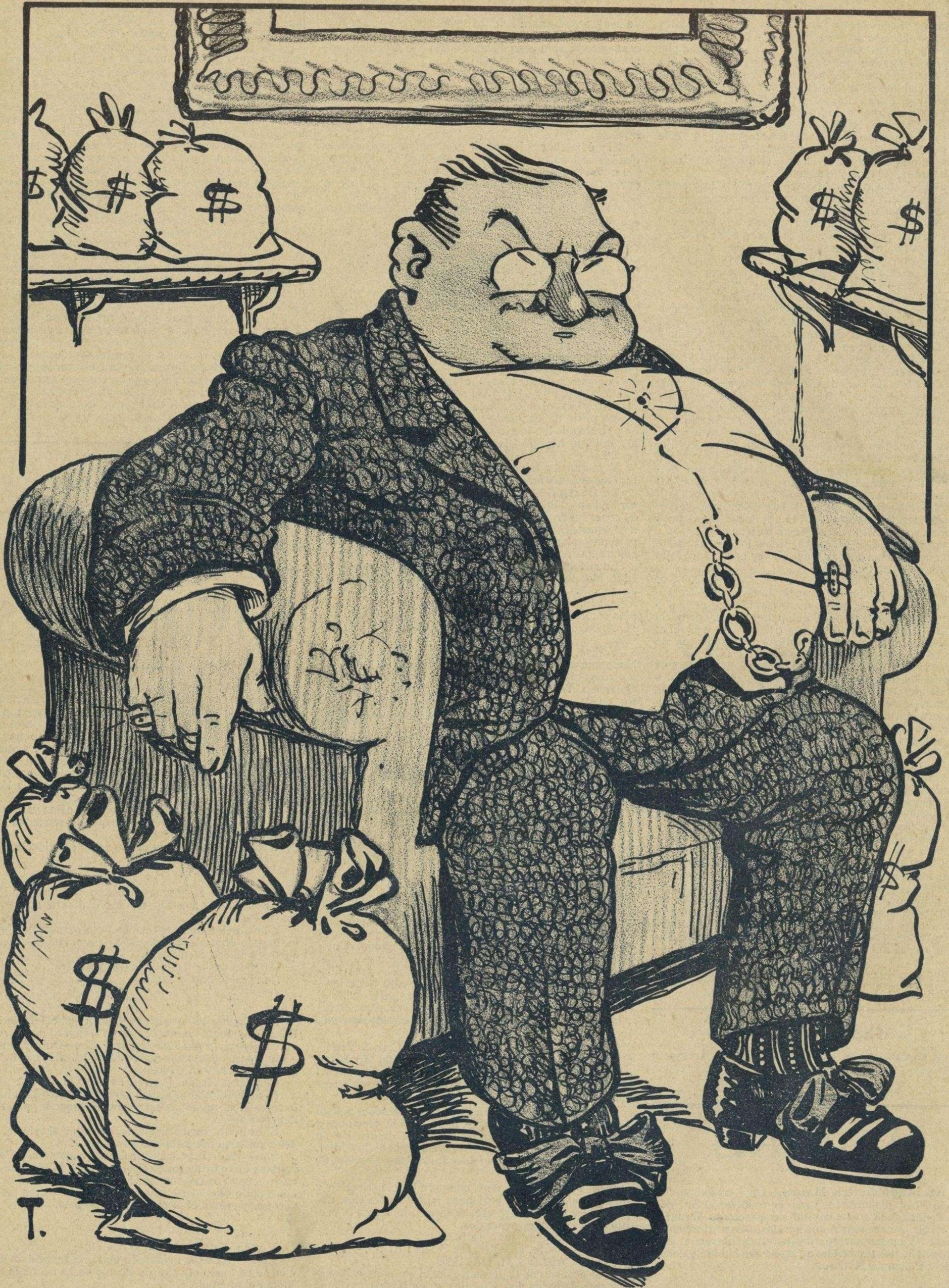
Posa y la bala podrán ser los instrumentos, y Pablo Iglesias el autor moral; pero no es injusto decir que hay cómplices. Y estos son los Gobiernos liberales que han consentido esas ideas anárquicas que pervierten los corazones y arman el brazo de los asesinos.

Y vean una muestra de lo que digo:

En Sevilla se ha celebrado un mitin anarquista en el cual se ha loado el valor de Posa y se ha hecho la apología del atentado.

Dígasenos si no es este un país dejado de la mano de Dios.

Y cogido en las manos del mismísimo diablo.



LO QUE VA DE AYER Á HOY

—A Barcelona llegué
sin medio maravedí...

y en seis años coseché
lo que ustedes ven aquí.